

JOSÉ LUIS LARRABE, *Los sacramentos de la iniciación cristiana. Ensayo de teología moral*, 1 vol. de 122 págs. Estudio teológico del Seminario de Madrid, Madrid, 1969.

Pertenece este libro al género de la reciente literatura teológica nacida de una profundización sobre los documentos del último Concilio Vaticano.

Consta de una parte general, que encuadra los sacramentos de la iniciación cristiana en el designio salvífico, y de una parte especial, destinada a cada uno de los sacramentos —bautismo, confirmación, Eucaristía—, en su mutua conexión y proyección moral.

La parte general desarrolla con brevedad la idea de que los misterios de la vida de Cristo deben ser reflejados y repetidos en nuestra vida moral, tanto personal como socialmente. La liturgia, centrada en los sacramentos y de modo especial en la Eucaristía, contiene y expresa las etapas de la historia de la salvación que deben reflejarse en la vida del cristiano. Ahora bien, la vida cultural —y aquí se pone de relieve la finura del autor en su valoración de los documentos conciliares— no puede considerarse centrada exclusivamente en la virtud de la religión, entendida como virtud moral. La vida sacramental, la administración y recepción de los sacramentos, constituyen ciertamente ejercicio de una virtud moral; mas la virtud de la religión cristiana no es meramente moral, aunque se la considere la más elevada entre las virtudes morales: es, sobre todo, ejercicio de las virtudes teologales —fe, esperanza, ca-

ridad—, directamente dialogales con Dios.

Este inicial planteamiento permitirá al autor valorar debidamente los sacramentos de iniciación cristiana en su dimensión informadora de la actividad de los cristianos en el mundo, señalando perspectivas nuevas en su significación personal y social. Aunque trata separadamente —en la parte especial— del bautismo, la confirmación y la Eucaristía, es realmente la confirmación el sacramento en el que el autor centra especialmente su atención aportando ideas originales.

Caracteriza el bautismo, en el que se representa la muerte y resurrección de Cristo, como exigitivo de una moral de Pascua, mientras la confirmación llama a una moral de Pentecostés. Realízase así por el primer sacramento una unión filial al Padre, que alcanzará su plenitud por la unión con el Espíritu, propio de la confirmación. La confirmación se presenta, pues, en línea de continuidad con el bautismo; mas mientras éste realiza algo que se podría caracterizar negativamente —la muerte al pecado—, aquél presenta el aspecto positivo propio de la efusión de Pentecostés.

En segundo lugar, antes de estudiar la efusión de plenitud de fortaleza y madurez cristianas, aborda cuál es el Espíritu propio de la Ley Nueva o Evangélica. La vocación y misión apostólicas —nos dice— no llegan a la perfección, de entendimiento y fuerza, hasta la venida del Espíritu Santo; e igualmente en el plano personal, la vocación cristiana como tal no llega a su perfección y madurez hasta que cada uno y todos

## BIBLIOGRAFIA

lleguen a la recepción espiritual de Pentecostés. No hay vida cristiana sin misión apostólica, y al mismo tiempo toda la vida en sus múltiples actividades adquiere, merced al Espíritu, valor cultural.

En tercer lugar —y éste es el punto central de toda esta conceptualización de la confirmación—, la fortaleza propia de este sacramento ha de ser entendida no como mero ascetismo y disciplina, sino como la fuerza y fortaleza propias del amor, como una *energía*. Y esta energía es actividad responsable, es iniciativa, es madurez de adultos, es cooperación en la tarea común, es capacidad de autodeterminación.

Este feliz hallazgo se encuentra disminuido, sin embargo, por una apreciación ulterior que parece desfigurar su contenido. Cuando considera que la confirmación nos vincula más con la Iglesia, ésta aparece entendida como jerarquía y la confirmación como produciendo una corresponsabilidad con el obispo, y toda ella en relación con el sacerdocio, de forma tal que la iniciativa puesta anteriormente de relieve más parece quedar de este modo coartada que favorecida.

Finalmente, la Eucaristía —señala— inaugura un nuevo culto en el que se adora a Dios en espíritu y en verdad. Todo es templo ya para el hombre, al llevar a Dios en su corazón, y toda su vida adquiere un valor cultural. Lo que se realiza litúrgicamente, se reproduce en la vida del cristiano; y el sacrificio de Cristo llama a nuestro sacrificio personal. Sorprendentemente, atribuye a las palabras de Pablo VI sobre justicia social con ocasión de su asistencia al

Congreso Eucarístico de Colombia en 1968 alcance de principio teológico, de forma que el Sacramento de la Eucaristía es interpretado como guardando relación con la llamada justicia social. La fidelidad a lo que los sacramentos son y significan, una vida *auténtica* en relación con ellos, es su exigencia moral —concluye— que tiende a informar la vida del cristiano.

Se trata, en suma, de un libro lleno de perspectivas atrayentes y de sugerencias sobre los sacramentos de la iniciación cristiana a la luz de los problemas más actuales y de las nuevas perspectivas teológicas. Se halla redactado con abundancia de títulos y subtítulos, que facilitan la lectura y revelan orden y estructura en las ideas del autor. La presentación es agradable, tanto por el tipo de letra como por la generosidad en los interlineados y en los espacios blancos, que hacen más ligero su contenido teológicamente denso.

JOSÉ M. GONZÁLEZ DEL VALLE

FRANCISCO MARTÍ GILABERT, *La primera misión de la Santa Sede a América*, 1 vol. de 359 págs., Ediciones Universidad de Navarra, Pamplona, 1967.

Los múltiples problemas anejos a las relaciones de la Iglesia con los Estados, constituyen hoy un tema de primer orden en el ámbito de la ciencia canónica. El Concilio Vat. II ha inspirado también en este campo un estilo nuevo, prometedor de notables transformaciones en las instituciones jurídicas por las que se re-